

¿Qué pasa después de la muerte?

Autor: H. Rossier

“Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24). “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor” (Apocalipsis 14:13). Cualesquiera que sean las causas de fallecimiento contadas por las estadísticas, sea que se muera en la cama, en el hospital o en la carretera... conforme a las Escrituras sólo hay dos maneras de morir.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Dos maneras de morir	3
Cristo y la muerte	4
“La paga del pecado es muerte”	4
Cristo intervino entrando en la muerte.....	4
Cristo padeció el juicio.....	5
¿Adónde van los muertos?.....	5
Han surgido muchas ideas falsas	6
La incredulidad es la base de tales errores	6
Cristo y las resurrecciones	7
La primera resurrección.....	7
Cristo le da una nueva importancia a la resurrección	8
El estado intermedio.....	8
Está dicho que el incrédulo muere	9
Está dicho que el creyente duerme.....	9
Cristo y la gloria	11
El paraíso	12
El paraíso es el tercer cielo.....	12
Palabras inefables	13
Paraíso y gloria.....	13
¿Nos reconoceremos en el cielo?	13
¿Cómo es el cielo?.....	14
La esperanza del creyente a través del duelo	15
Algunos pasajes de ánimo.....	16
Reflexión final	17

Dos maneras de morir

“Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24). “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor” (Apocalipsis 14:13).

Cualesquiera que sean las causas de fallecimiento contadas por las estadísticas, sea que se muera en la cama, en el hospital o en la carretera... conforme a las Escrituras sólo hay dos maneras de morir.

La primera, aterradora, está reservada a los incrédulos. “Si no creéis que yo soy (Jesús, el Hijo de Dios), en vuestros pecados moriréis”. Morir en sus pecados, es presentarse delante de Dios, que es santo, como un culpable delante de su juez, con la certidumbre de la condena. Los pecados olvidados o minimizados (pero que Dios ha registrado fielmente) serán un día presentados de nuevo delante de cada uno. Ningún abogado delante de este tribunal, sino sólo un Juez inflexible y que lo sabe todo. “Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:15).

Mas la gracia de Dios ha dado al hombre la opción de morir de otra manera.

Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo



(Hechos 16:31).

El que cree es revestido de la justicia de Cristo, la única que pone a cubierto de la condenación. Cristo murió por el pecador arrepentido y éste puede morir “en el Señor” en completa paz.

No es la gente más culpable la que irá al infierno, sino los que no hayan querido creer. Y no será la gente más honorable la que tendrá un lugar en el cielo, sino solamente aquellos que por la fe hayan muerto en el Señor.

Cristo y la muerte

¿Qué es la muerte? Para el incrédulo no hay nada más temible que la muerte. Con sobrada razón se la llama en las Escrituras “el rey de los terrores”. Desde el punto de vista del juicio, es el fin del primer Adán. No sólo es el fin de la naturaleza física, sino que, cuanto más se considera la muerte en relación con la naturaleza moral del hombre, más temible se hace.

Todo cuanto el hombre posee, sus bienes, sus pensamientos, toda la actividad de su ser acaba y muere para siempre, “sale su aliento... perecen sus pensamientos” (Salmo 146:4). Para el hombre es el fin de toda esperanza, el término de todo proyecto, la destrucción de todo plan. Se rompe el resorte, el móvil íntimo de todo pensamiento o acción. La vida en la que se desenvolvía deja de existir; la ruidosa escena en la que transcurrió toda su vida se evapora y ésta se apaga y desaparece. Nadie tiene ya trato con él. Su naturaleza sucumbe por no haber podido resistir a este tirano a quien pertenece y que reclama sus terribles derechos.

“La paga del pecado es muerte”

Pero eso no es todo. El hombre lleno de vida en este mundo se hunde en la muerte. ¿Por qué? Porque el pecado se introdujo en el mundo, y el pecado despertó la conciencia. Aun más, con el pecado vino el juicio de Dios. La paga del pecado es la muerte, terror para la conciencia. Es el poder de Satanás sobre el hombre, por cuanto Satanás tiene el dominio de la muerte.

¿No puede ayudarnos Dios al respecto? Desgraciadamente, ¡la muerte constituye Su propio juicio sobre el pecado! Parece que fuera sólo una prueba, un indicio de que el pecado no pasa inadvertido. Pero es el terror y el azote como testigo del juicio divino, como la policía para el criminal y como la prueba de su culpabilidad frente al juicio venidero. ¿Cómo dejaría de ser terrible? Es el sello puesto sobre la caída, la ruina y la condenación del primer Adán. No puede subsistir como hombre vivo delante de Dios. La muerte está escrita sobre él, pecador que no puede librarse. Culpable y condenado, se avecina a su juicio.

Cristo intervino entrando en la muerte

Pero Cristo intervino: entró en la muerte. ¡Qué verdad más maravillosa! El Príncipe de la vida penetró allí. Entonces, ¿qué es la muerte para el creyente?

Fijémonos en el alcance completo de esta maravillosa intervención de Dios. Hemos visto que la muerte es el fin del hombre, poder de Satanás, juicio de Dios y paga del pecado. Pero todo eso está relacionado con el primer Adán, el hombre natural que está bajo la sentencia de muerte y de juicio, a causa del pecado. Hemos visto el doble carácter de la muerte: primero, es el fin de la vida, de la fuerza vital; luego, es un testimonio del juicio de Dios al cual ella conduce.

Cristo fue hecho pecado por nosotros; sufrió la muerte y la atravesó, siendo ésta el poder de Satanás y el juicio de Dios. Cristo enfrentó a la muerte bajo todos sus aspectos.

Cristo padeció el juicio

Cristo soportó plenamente el juicio de Dios antes de que llegara el día del juicio. Sufrió la muerte como paga del pecado, pese a ser inocente. Así la muerte dejó por completo de sembrar el terror en el alma del creyente. Puede presentarse la muerte física (cuyo poder Cristo destruyó por completo), pero en 1 Corintios 15 leemos: “No todos dormiremos; pero todos seremos transformados... Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (v. 51, 54). Tal es el poder de la vida en Cristo.

Es un hecho infinitamente precioso para nosotros –motivo de profunda consolación y de gozo inefable– poder contemplar a Cristo ¡y decir que él es nuestra vida! La muerte no tiene ningún poder sobre la vida de Cristo. La fortaleza divina, obrando con poder de vida, traga la muerte y nos libera plenamente de las consecuencias del pecado. El mismo poder divino que resucitó a Cristo de entre los muertos, actúa ahora en nosotros y nos resucitará por medio de Jesús.

¿Adónde van los muertos?

No sería necesario escribir sobre este tema si los que deben explicar las enseñanzas de la Palabra de Dios no las desfiguraran y tergiversaran. Los errores de esos falsos maestros provienen, ante todo, de que no están convencidos de la plena autoridad de las Escrituras y las sustituyen por los tristes productos de su imaginación. “Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras...” (1 Timoteo 6:3-4). La Palabra de Dios califica justamente esas fantasías o ensueños de diferentes doctrinas, de fábulas profanas y de viejas (véase 1 Timoteo 1:3; 4:7; 2 Pedro 1:16).

Han surgido muchas ideas falsas

No nos extrañemos de los errores que cometen estos hombres cuando nos hablan del «sueño del alma» después de la muerte, o de su «desarrollo gradual» después de salir del cuerpo, o de su «paso de esfera en esfera hasta su perfección final». Los librepensadores universalistas acarician esa idea al hablar de las almas que vuelven a encontrar en el más allá los afectos y ocupaciones de este mundo.

Otro error es hablar del «aniquilamiento» o destrucción del alma de los malvados. Resultaría inútil querer agotar la lista de estas alucinaciones e ideas falsas, puesto que no son fruto del cristianismo y, por desgracia, no puede esperarse que sus propagandistas reconozcan su ignorancia. Queremos, sencillamente, afirmar a los queridos hijos de Dios en esa fe que fue dada una vez para siempre a los santos.

La incredulidad es la base de tales errores

La incredulidad acerca de la divina inspiración de las Escrituras es, como ya lo dijimos, la base de todos esos errores. Éstos forman parte de la apostasía predicha por la misma Palabra de Dios, cuyo desenlace final va acercándose. Aquellos creyentes dispuestos a prestar oídos a esos falsos discursos (sea por ignorancia, sea por una confianza mal depositada en los que los adoctrinan) necesitan, pues, someterlos a prueba por medio de las Escrituras.

Cristo y las resurrecciones

Hay un hecho que explica, hasta cierto punto, la prisa con la que aun ciertos cristianos aceptan estas ideas confusas. La gran verdad de la resurrección de entre los muertos, si no es ignorada, por lo menos es echada en un lamentable olvido. Esta “primera resurrección” es contemporánea a la venida del Señor para arrebatarnos a sus santos con él (1 Corintios 15:51-55; 1 Tesalonicenses 4:15-18). La resurrección de entre los muertos, verdad trascendental del cristianismo, no es otra cosa que una resurrección del cuerpo. Ésta comprende tres fases:

1. La resurrección de Cristo, “primicias de los que durmieron” (1 Corintios 15:20)
2. La resurrección de todos los santos a la venida de Cristo (1 Corintios 15:21-23)
3. La resurrección de los mártires del Apocalipsis antes del reino milenario de Cristo (Apocalipsis 20:4-6).

La primera resurrección

Estas tres fases constituyen “la primera resurrección” o “la resurrección de entre los muertos”. La resurrección de los muertos –los que no han creído– no ocurrirá sino después del milenio (Apocalipsis 20:5), con vistas al juicio final. Por eso este suceso no se llama segunda resurrección, sino “la muerte segunda” (Apocalipsis 20:11-15).

Hasta que el Señor venga a recogerlos, los cristianos estamos como muertos y resucitados con Cristo, en virtud de nuestra unión con él por medio del Espíritu Santo (Colosenses 2:20; 3:1-4).

Al desconocer el lugar de importancia que le corresponde a la resurrección de entre los muertos, la mayoría de los cristianos ha llegado a conceder una trascendencia capital al estado del alma después de la muerte y a no ver más la gran verdad cristiana en la resurrección de los santos. Decimos «cristiana» porque el Antiguo Testamento la distingue poco, ya que éste considera el porvenir como bendiciones terrenales traídas por el Mesías. Esto explica, en cierto modo, cómo fue posible que la herejía de los saduceos subsistiera junto a la ortodoxia de los fariseos. No es que aquella tuviera excusa, porque el Señor les dijo, citando Éxodo 3:6: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios... Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven” (Mateo 22:29; Lucas 20:38).

Aun en los tiempos más remotos, Job estaba convencido de la resurrección de su cuerpo:

“ Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro (Job 19:25-27).

Del mismo modo leemos en Daniel 12:13: “Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días”.

Cristo le da una nueva importancia a la resurrección

En cuanto al Nuevo Testamento, es fácil comprobar que está lleno de esta verdad, la cual es consecuencia de la obra del Señor, quien “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10). Él introdujo la vida eterna, la cual pone al alma y al cuerpo más allá de la muerte y su poder. La incorruptibilidad se manifestó plenamente en él, porque Dios no permitió que su carne sufriera corrupción (Hechos 2:31). Pero si nuestro cuerpo “se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción... porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles” (1 Corintios 15:42, 52).

La resurrección es, pues, el estado definitivo del cristiano. La resurrección de entre los muertos ha sido iniciada por Cristo (primicias de la misma) y ésta es nuestra porción segura en virtud de nuestra unión con él.

El estado intermedio

El estado del alma después de la muerte no es más que un estado intermedio, digno del mayor aprecio, desde luego, para el cristiano, pero que no deja de ser transitorio, no definitivo. Por esto, la Escritura habla relativamente poco de dicho estado, aunque nos informa acerca de las bendiciones que se desprenden de él. En primer lugar, no olvidemos que una de esas bendiciones –la vida eterna– es común a todas las fases o épocas de la vida cristiana. Como hombre que está en este mundo, el cristiano ya tiene la vida eterna. Como alma separada del cuerpo, goza de la misma vida en una nueva esfera. Y, como resucitado o transformado, la poseerá y seguirá gozando de dicha vida en la gloria.

Está dicho que el incrédulo muere

El estado intermedio del cual hablamos está compuesto de dos elementos. El cuerpo muere y el alma vive. Para el cristiano, la muerte del cuerpo se llama sueño. El Antiguo Testamento usa constantemente esta palabra para referirse a la muerte. “Durmió con sus padres”, tal era el término acostumbrado para definir la muerte, fuera de los buenos o fuera de los reyes malvados de Israel. Mientras que, en el Nuevo Testamento, las palabras “morir” y “muerte” caracterizan generalmente a los incrédulos; los términos “dormir” y “dormirse”, en cambio, sólo se emplean para los creyentes. El Señor les dijo a sus discípulos: “Lázaro duerme”, y si añade en seguida: “Lázaro ha muerto” (Juan 11:11, 14), es porque ellos no entendían sus palabras. Este mismo pasaje nos prueba que dormir no se refiere al sueño del alma, sino a la muerte del cuerpo.

Conviene notar que, si bien el Nuevo Testamento emplea de modo muy excepcional el término “muerte”, esa misma palabra se aplica repetidamente al Señor mismo, porque él llevó sobre sí la muerte –que nosotros merecíamos– para anularla. “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3). “(Cristo) murió por todos” (2 Corintios 5:14, 15). Véase, además, Juan 12:24, 33; 18:32; Romanos 5:6, 8, 10; 8:34; 1 Corintios 11:26; 1 Tesalonicenses 5:10; Hebreos 2:9. Por la muerte, Cristo redujo a la impotencia al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo (Hebreos 2:14). Al entrar en la muerte, Cristo quitó la muerte (2 Timoteo 1:10). Ahora, habiendo estado muerto, tiene las llaves de la muerte y del Hades, esto es, el lugar invisible al cual van las almas después de la muerte (Apocalipsis 1:18).

Ni el Hades ni la muerte jamás podrán retener nuestras almas o nuestros cuerpos. Pero, desgraciadamente, aquellos que no han creído siguen siendo llamados muertos. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5). “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios” (Apocalipsis 20:12). También véase 1 Corintios 15:22; Romanos 5:12, 17; 6:23.

Está dicho que el creyente duerme

No se dice que el creyente muere, sino que duerme: 1 Tesalonicenses 4:13-15; Mateo 27:52; Juan 11:11-12; 1 Corintios 11:30; 15:20, 51. No se puede hablar de la muerte de un hombre que, tal vez en el momento de ser depositado en la fosa, podría volver a la vida. Es verdad que, desde la muerte del primer creyente, miles y miles de muertos en Cristo esperan el momento en que sus almas se reúnan con sus cuerpos resucitados. Pero ni para ellos ni para nosotros, los que esperamos al

Señor, existe la menor tardanza, porque sabemos el motivo de esa «demora». Dios “es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

Aunque se desmenuzaran nuestros cuerpos en polvo finísimo y éste se dispersara a los cuatro vientos, nada impediría que el Creador de los cielos y de la tierra los hallara y, en un abrir y cerrar de ojos, formara cuerpos gloriosos, de los cuales está dicho:

“ Sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio; una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos
(2 Corintios 5:1).

El sueño es, pues, el término que se usa para señalar la muerte del cristiano, en cuanto a su cuerpo. En la resurrección, él saldrá de ese sueño con un cuerpo glorioso semejante al de Cristo, para verle tal como él es, y para estar siempre con él. El creyente nunca comparecerá en juicio, mientras que el incrédulo resucitará para comparecer inmediatamente ante el gran trono blanco donde será juzgado (Apocalipsis 20:11-15).

Cristo y la gloria

Para el cristiano que ha dormido, despojado momentáneamente de su morada terrenal, la que no es sino una frágil tienda, ¿cuál será la suerte de su alma separada del cuerpo? La Palabra de Dios habla con claridad sobre este tema. El alma está con Cristo. “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho” –dice el apóstol– “teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). También añade: “pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”, aunque no desee ser despojado de su cuerpo mortal, sino ser revestido de un cuerpo glorioso “para que lo mortal sea absorbido por la vida” (2 Corintios 5:4-8).

¡Qué futuro más dichoso! Lleno de paz para los cristianos de edad madura que han crecido en el conocimiento del Señor, que han gozado durante su vida de su comunión y cuya consigna ha sido: “Para mí el vivir es Cristo”. Esto alienta, conforta y regocija a las almas jóvenes en la fe que, sin tener aún experiencia, se confían cual corderos en los brazos del Buen Pastor. Pero, por otra parte, ¡qué angustiada perspectiva para los que, aun siendo hijos de Dios, viven con el mundo y para éste, sin comprender que su única tarea es vivir para el Señor!

Estar con Cristo es, pues, la primera, la suprema bendición del alma del cristiano separada del cuerpo. En adelante, Cristo es su único fin. Nada viene a interponerse entre el alma y su Salvador; la comunión con él, tan fácilmente destruida en este mundo, es, en lo sucesivo, continua. Sin embargo, esto no constituye todavía la perfección, la que sólo se alcanza al resucitar de entre los muertos (Filipenses 3:11, 12).

Ningún creyente llegará aisladamente, ni se adelantará a los demás, sino que todos entraremos juntos. Al hablar de los creyentes del Antiguo Testamento, el apóstol dice que ellos “no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (Hebreos 11:39, 40). Ahora bien, la perfección –es decir, la misma gloria de Cristo– la alcanzaremos al resucitar de entre los muertos, cuando seamos “semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). Tal estado no es el del alma después de la muerte; pero lo que sabemos es que ella está con Cristo.

¿Nos basta saber esto cuando pensamos en la posibilidad de morir? ¿Necesitamos otra cosa? ¿Desearíamos sustituir la suprema bendición de estar con el Señor por los miserables ensueños con los cuales tratan algunos de ocupar nuestra mente? Si les prestamos oídos es porque el Señor no ocupa en nosotros el lugar que sólo él debe tener; es porque no hemos puesto en práctica:



El paraíso

“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Estas palabras, dirigidas al ladrón que se convirtió en la cruz, nos llevan a hablar del lugar donde se hallan las almas después de la muerte. En el Antiguo Testamento, este lugar queda incluido en el término muy vago de “Seol” o lugar invisible, el que no trasunta distinción entre el lugar al cual van las almas de los bienaventurados y aquel al que van las de los condenados. Esta imprecisión se explica por el carácter de las promesas que se le hicieron a Israel con vistas a una gloria terrenal y no celestial e invisible.

Cuando Jesús estuvo en la tierra, su misma presencia fue la revelación de las cosas invisibles. En cierta ocasión levantó algo el velo que escondía al Seol (o Hades), lugar al cual van las almas después de la muerte. El Señor muestra en una parábola que ciertas almas son consoladas en un lugar de reposo y delicias, mencionado como el seno de Abraham, el mejor lugar que podía desear un judío. Este lugar es para nosotros el seno de Jesús desde que, al terminar su obra, fue a sentarse en lugares celestiales. En este mismo relato el Señor enseñó que las almas de los que habían recibido sus bienes durante su vida y que no se volvieron a Dios, están en un lugar de tormento, esto es, en otra región del Seol.

Finalmente, Jesús reveló que no hay ningún paso posible entre estas dos regiones o partes del Seol, y que la suerte de los que se hallan allí está irremediabilmente determinada (lea Lucas 16:19-31. Por consiguiente, no hay que hablar de un «desarrollo gradual» o del «paso de una esfera a otra más elevada». La Palabra de Dios destruye con una sola afirmación esas tontas teorías: “Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá” (Lucas 16:26).

El paraíso es el tercer cielo

En la cruz, donde el Señor llevó a cabo la expiación o perdón, él ya no presenta el lugar invisible bajo la forma de una parábola o un símil. Lo abrió en todo su esplendor a los ojos del pobre ladrón convertido: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). El paraíso es el tercer cielo, al cual corresponde, en figura, el lugar santísimo del templo, porque el templo estaba dividido en tres partes: el atrio, el lugar santo y el lugar santísimo.

Palabras inefables

No hay un cuarto cielo, de modo que el paraíso es el lugar más alto, es el cielo de Dios, “el paraíso de Dios” (Apocalipsis 2:7). Allí fue arrebatado el apóstol Pablo. ¿Cómo? Sólo Dios lo sabe; pero Pablo estaba seguro de que podía estar allí tanto como alma separada del cuerpo como en el cuerpo. “Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo... al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Corintios 12:2-4).

En ese estado, el apóstol era semejante a los discípulos en el monte de la transfiguración, con la diferencia de que sólo había oído, pero no visto. Sin embargo, lo que oyó fue más que la voz del Padre diciendo: “Éste es mi Hijo amado... a él oíd” (Mateo 17:5). Aquéllas eran palabras inefables, absolutamente inexpresables en cualquier lenguaje humano. Pablo no se las podía revelar a nadie, por cuanto ningún ser humano las hubiera comprendido. Otro tanto ocurre con las almas que están en el paraíso con Jesús. Nuestra curiosidad no encuentra en la Biblia nada con que alimentarse acerca de esto. Las cosas que aquellas almas entienden no son de nuestro dominio.

Paraíso y gloria

Notemos además que el paraíso no es la gloria. No cabe la menor duda de que la gloria está allí donde Cristo se encuentre; pero nosotros sólo podremos entrar en la gloria como seres completos; tendremos cuerpo y alma reunidos, y no nos hallaremos en un estado intermedio. Generalmente nos hacemos una falsa idea de la gloria al considerarla como un lugar. La gloria es una manifestación. Es la manifestación del conjunto de las perfecciones divinas: majestad, magnificencia, sabiduría, verdad, poder, santidad, justicia y amor. Nosotros contemplamos en Cristo esta gloria. La misma que tenía cerca del Padre antes de que el mundo fuese y que recibió de él como hombre glorificado; pero, cuando nosotros seamos semejantes a Cristo, tendremos parte en su gloria y ésta se manifestará también en nosotros (Juan 17:22-24). El paraíso no es, pues, la gloria, sino un invisible lugar de delicias.

¿Nos reconoceremos en el cielo?

A veces los cristianos se preguntan si reconoceremos en el cielo a aquellos que nos tomaron la delantera. Personalmente, no lo dudo; pero reconoceremos también a los que no habíamos conocido en este mundo, de la misma manera que los discípulos reconocieron en el monte de la transfiguración a Moisés y a Elías en gloria, mientras que éstos no hacían más que hablar con Jesús. Pero, aunque se nos dice muy poco de reunirnos, después de nuestra partida, con aquellos

que hemos amado (2 Samuel 12:23), se nos dice, no que ellos se nos hayan adelantado, ni que nosotros nos adelantemos a ellos, sino que nosotros, los que vivimos, una vez transformados seremos arrebatados **junto** con nuestros amados, resucitados de entre los muertos para ir al encuentro del Señor.

En un instante, todos los santos seremos reunidos en el aire para ser llevados por el Señor en un abrir y cerrar de ojos (1 Corintios 15:51-52; 1 Tesalonicenses 4:13-18). Los afectos y vínculos, tales como los hemos conocido en la tierra, ya no tendrán valor alguno en la gloria.

Un mismo amor y un sentir común, concentrados sobre un mismo y solo objeto, se habrán apoderado de todas las fuerzas, de todas las aspiraciones y afanes de nuestro ser. El que no conozca bien al Salvador, tal vez pueda pensar que allí encontrará cosas que interesarán más que el mismo Autor de su salvación. Pero el cristiano entendido sabe que Jesús llena el tercer cielo con su santa presencia, como antiguamente, delante del profeta, las faldas de sus vestiduras llenaban el templo (Isaías 6:1). Ahora bien: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (Juan 12:41).

¿Cómo es el cielo?

El cielo tiene diferentes objetos cuya enumeración se prolongaría indefinidamente si se quisieran contar. Los capítulos 2 al 5 y 19 al 22 del Apocalipsis contienen, bajo forma de símbolos, una interminable lista de ellos.

Debemos buscar esas cosas invisibles, que son de arriba y que sólo pueden distinguirse por la mirada de la fe (2 Corintios 4:18). Debemos pensar en estas cosas y no en las que son de esta tierra (Colosenses 3:2). Pero recordemos que la Biblia las resume todas en una sola palabra al decir: “Las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1).

Ésta debe ser nuestra ocupación en este mundo, tal es la ocupación de las almas despojadas del cuerpo y ésa será eternamente la de todos los redimidos, resucitados y glorificados, juntos en una perfecta unidad de amor y de lenguas alrededor de nuestro Salvador.

¡Cristianos, ojalá que nada ni nadie nos impida pensar y ocuparnos primeramente en nuestro bendito Redentor y Señor!

“Y el que estaba sentado en el trono dijo: ... Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas,

y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:5-8).

La esperanza del creyente a través del duelo

En 1 Tesalonicenses 4:13-18 el apóstol Pablo dice: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”. Él no dice: «Para que no seáis entristecidos en absoluto». La aflicción del duelo es reconocida en la Palabra y la ruptura momentánea de las relaciones mutuas es cruel para el corazón. No se espera de un cristiano que tome el duelo de forma estoica. Pero, por otra parte, el apóstol no quería que los cristianos de Tesalónica se afligiesen a la manera de aquellos que no tienen esperanza. En efecto, ese sentimiento se expresa a menudo entre los incrédulos mediante esta exclamación desesperada: «¡Nunca te volveré a ver!». Pero los hijos de Dios tienen la certeza de que la separación no es más que momentánea y esta esperanza es un bálsamo precioso sobre la herida de sus corazones. “Por tanto, alentaos (o consolaos) los unos a los otros con estas palabras” (v. 18).

“Creemos que Jesús murió y resucitó” (v. 14). Tal es la fe del cristiano en toda su sencillez y en toda su verdad. Él cree, no sólo que su Salvador murió, sino también que resucitó: “El que fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3-4).

Algunos pasajes de ánimo

◇ *Isaías 55:8-9*

Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Señor. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.

◇ *Salmo 34:18*

Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu.

◇ *Juan 5:24, 28-29*

El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida... No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida.

◇ *1 Corintios 15:51-55*

No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos... Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción... se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?

Reflexión final

Antes de cerrar las páginas de este libro, no se vaya sin poder responder afirmativamente a la siguiente pregunta capital:

**Si usted tuviese que morir hoy,
¿está seguro de que iría al cielo?**

Estas citas de la Santa Biblia le informan cómo ir al cielo.

“Jesús dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al padre, sino por mí”.

(Juan 14:6)

“Y en ningún otro (fuera de Jesús) hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”.

(Hechos 4:12)

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”.

(Juan 3:36)

“A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.

(Juan 1:12)

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

(Juan 3:16)

“La sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado”.

(1 Juan 1:7)

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

(1 Juan 1:9)

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

(Juan 3:3)

“Aprende pues, hoy, y reflexiona en tu corazón que el Señor es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro”.

(Deuteronomio 4:39)

“¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”.

(Mateo 16:26)

“¿Qué debo hacer para ser salvo?... Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”.

(Hechos 16:30-31)